

# Los muchos mexicanos de Luis Spota

Ignacio Trejo Fuentes

Luis Spota (México, DF, 13 de julio de 1925-20 de enero de 1985) es un caso extraordinario de la literatura mexicana, porque sin estar suscrito a un grupo determinado se convirtió en uno de los narradores más leídos; no tenía siquiera representante, y sin embargo sus novelas fueron traducidas a más de veinte idiomas; en México, la mayor parte de ellas se reimprimía cada año en un promedio de cien mil ejemplares. ¿Cómo fue posible? Sin duda, debido a su participación constante en los medios periodísticos, impresos y electrónicos. Aún no cumplía veinte años y era ya director de *Últimas Noticias de Excélsior*. Dirigió el suplemento cultural de *El Heraldo de México*. Más tarde condujo programas de televisión y estuvo al frente de la Comisión de Box y Lucha del Distrito Federal; es decir, tenía presencia firme y constante, si bien jamás sus libros fueron noticia editorial ni aparecían en los recuentos de fin de año: mientras en algunas esferas su nombre era más que conocido, en otras parecía no existir.

Su producción fue abundante, pero fue en 1956, con la publicación de *Casi el paraíso*, cuando incluso sus detractores debieron reconocer los méritos de esa novela, los del autor; en mi opinión es una de las mejores de la historia de este país. ¿Por qué la renuencia a reconocer sus cualidades? Se le acusaba de manejar una “prosa utilitaria”, es decir que no tenía mayores aspiraciones artísticas. Cosa falsa: *Casi el paraíso* es magnífica por su prosa, por su técnica y por las propuestas que contiene.

Esta novela es un fresco del México de los años cincuenta, se despliegan en sus páginas las distintas esferas sociales, se respiran los aires del poder político y econó-

mico; la aristocracia se desenvuelve sobre el tapete de los desposeídos, soplan los inmarcesibles vientos de la corrupción y la impunidad. Hugo Conti, extranjero arribista, se encarga de aglutinar tantos tipos y prototipos (reaparecería muchos años después en *Paraíso 25*, continuación y actualización de *Casi el paraíso*). Es curioso, pero *Casi el paraíso* tiene varios puntos de contacto con *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, que aparecería un par de años después, y por lo tanto debe ser considerada como una de las obras narrativas pioneras en el desciframiento de la metrópoli: no desmerece en nada ante la obra más celebrada de Fuentes, antes bien se complementan, y no sería ocioso un análisis comparativo entre ambas, porque, entre otras cosas, marcaron fronteras precisas entre la narrativa provinciana y la urbana.

Las demás decenas de novelas sostienen un nivel más que aceptable. Si bien puede aceptarse que no son dechados estéticos, en ningún momento podría negarse que son producto de un narrador de primer nivel: sabe mantener el interés anecdótico de principio a fin, cosa que no puede decirse de la mayoría de sus contemporáneos. Sus temas conforman un abanico amplio, va de las condiciones de los migrantes ilegales al toreo, de secuelas de la Revolución a la sucesión presidencial mexicana, del retrato de la “alta sociedad” al de los sectores depauperados; acusa la corrupción, el nepotismo y la impunidad imperantes en largas décadas: ¡como las que vivimos en los días que corren! Y todo manejado con la difícil naturalidad que lo distingue.

Quizá para contravenir a quienes lo tildaban de “facilón” escribió *Las cajas*, una novela experimental como las que hacían Del Paso, Pacheco o Elizondo; luego de

demostrar que podía escribir como le diera la gana, retomó su estilo singular. Con su preferencia por la narración *sencilla*, ésa que no le quiebra la cabeza a los lectores ni les complica la vida, Spota demostró que los asuntos nacionales, manejados bajo fórmulas claras y precisas, son capaces de atraer la atención de infinidad de lectores, algo de lo que no pueden vanagloriarse muchos autores más, aquéllos empecinados en el trastocamiento de las técnicas al grado de que sus libros resultan ininteligibles.

Como dije, Luis Spota elaboró un amplio abanico temático, donde México aparece una y otra vez en sus distintas facetas sociales, políticas, etcétera. Por ejemplo, en *La plaza* el autor aborda el asunto del Movimiento Estudiantil de 1968 y su trágica culminación en Tlatelolco. Por cierto, sus detractores encuentran en este libro un motivo para volver a hincar los dientes en el cuello del novelista, acusándolo de tratar de disculpar las acciones del gobierno mexicano en aquellos acontecimientos. Nada más falso: lo que Spota hizo fue abordar una más de las tantas aristas que aquel fenómeno propició.

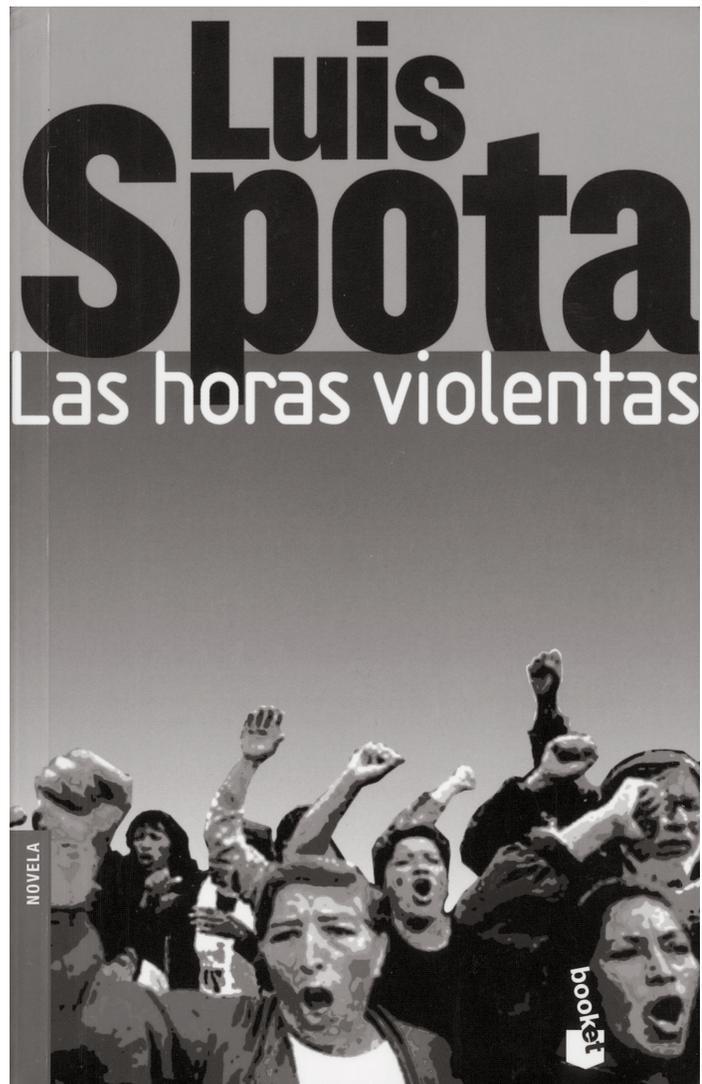
La saga denominada *La costumbre del poder* se finca sobre la base de las argucias y trampas que rodeaban el reemplazo sexenal del Presidente de la República. *Re-*

*trato hablado*, *Palabras mayores*, *Sobre la marcha*, y *El primer día* discurren en ese sentido. La tesis es que el mandatario omnipotente no cambia, sólo muda de máscara, y se sostiene sobre los mismos aparatos que sus antecesores y se encarga de que las cosas funcionen de ese modo. Es claro que el autor conoció muy de cerca los laberintos del poder, pues gracias a su cercanía con políticos, gente de empresa, militares y religiosos se enteró de asuntos que el común de los mexicanos ni siquiera podía imaginar. Sí, cuando uno lee esa saga reconoce o cree reconocer a los involucrados, se presume adivinar quién es quién en las novelas y en la realidad, aunque nunca puede darse nada por seguro.

Menciono en especial esa serie novelística porque fue, quizá, la que mayor número de lectores atrajo, y cabe preguntarse cuáles fueron los resortes imantados que se pusieron en funcionamiento: ¿la curiosidad?, ¿el morbo? Es posible, pero es asimismo perentorio preguntarse qué demonios provocaba la curiosidad de lectores tan lejanos a nuestra circunstancia sociopolítica como los polacos o los finlandeses o los rumanos, que seguían a pie juntillas los libros de Luis. ¿Qué sabían ellos de las marrullerías de los políticos mexicanos y sus componendas con los empresarios, los militares y el



Luis Spota



clero? Supongo que nada, o muy poco, y aun así estaban al pendiente del nuevo capítulo de esa historia insana y perturbadora. Creo, así, que Luis Spota supo tocar fibras que trascendían lo local; es decir, sus tramas resultaron seductoras para un público mucho más amplio: lo local arribando a lo universal.

En periodismo Spota demostró siempre interés por los vericuetos de la política, fenómeno que conocía más que bien. En otro orden temático, recuerdo el reportaje que permitió descubrir la identidad del esquivo B. Traven: un trabajo de gran altura (lo recoge José Luis Martínez en su libro *La vieja guardia* (protagonistas del periodismo mexicano, Plaza y Janés, 2005). Y en sus programas semanales de televisión (Canal 13) abordó temas que en esos tiempos eran tabú, como la homosexualidad. Siempre arriesgó, e hizo cosas que irritaban a las “buenas conciencias”, como dar voz a los desvalidos en varios ámbitos: ahora cualquiera lo hace.

Murió Luis Spota y con él un fenómeno de lectura y penetración que muchos siguen envidiando. Ésa, creo, fue la sombra que lo persiguió hasta que exhaló su último aliento: la envidia. Y opino que la crítica especializada tiene una enorme deuda con Luis: es cierto que sin su presencia ha disminuido el número de sus lectores, pero eso no reduce un ápice la calidad de su narrativa.

En los días que corren hay indudables *best-sellers* mexicanos, pero adviértase que, en general, no se trata de novelistas, sino de analistas o protagonistas del acontecer político o económico, de aquellos que por otras vías (el ensayo, la crónica o el reportaje) ponen el dedo sobre llagas dolorosas. Nuestros autores más leídos son quienes se enredan en tejemanejes de turbiedades políticas, clericales, sindicales; los que documentan crímenes, narcoguerras, levantamientos guerrilleros. Y quiero olvidarme de los autores de libros de autoayuda, que venden muchísimo, pero que no son escritores en el sentido cabal del término. Me pregunto: ¿quién, ahora, tiene el poder de penetración que alcanzó ese fenómeno llamado Luis Spota? Que tire la primera piedra.

Por último, una anécdota: cuando, bajo las órdenes de Gustavo Sáinz, trabajé en la Dirección de Literatura del INBA, se me ocurrió proponerlo para que presentara su entonces novela más reciente, *Mitad oscura*, algo inaudito porque él, Spota, detestaba tales actividades. No obstante aceptó la invitación, y la Sala Manuel M. Ponce lució atiborrada: estaban ahí *sus lectores, su público*: ingenieros, médicos, arquitectos... de todo, menos escritores: brillaron por su recelosa ausencia. Y él estuvo feliz. U

